



MENSAJE DE S.E. MONS. OSCAR JULIO VIAN MORALES, sdb
ARZOBISPO METROPOLITANO DE SANTIAGO DE GUATEMALA
EN OCASIÓN DE LA CUARESMA 2016

“Vuélvase a mí, y yo me volveré a ustedes” (Zc 1,3)

La cuaresma es el camino hacia la celebración de la Pascua, es un tiempo propicio para volverse a Dios. En otras palabras, la Cuaresma es un tiempo de gracia para volver nuestra mirada al Señor, con la esperanza de que Él volverá su mirada compasiva hacia nosotros. Hacia esta realidad plena nos ha de conducir la cuaresma, la razón de ser de este tiempo solo alcanza su plenitud en la celebración pascual; y esta es la esperanza de los cristianos: llegar a celebrar el triunfo de la vida sobre la muerte.

La Cuaresma es un tiempo “de gracia del Señor” (Lc 4,19)

Hoy es un tiempo favorable para acercarnos al trono de la gracia, sabiendo que la misericordia del Señor es eterna, su amor dura para siempre (Cf Salm 136,1; 118, 1; Lc 1,50); necesitamos volver a escuchar las palabras pronunciadas por el Profeta Jeremías “con amor eterno te he amado” (Jr 31,3). Providencialmente Dios ha concedido a la Iglesia Universal este año de la Misericordia, porque todos estamos necesitados de perdón y de amor, queremos dejarnos abrazar como el hijo pródigo, sin escuchar palabras de condena, sino de amor y de ternura. “Jesús de Nazaret con su palabra, con sus gestos y con toda su persona, revela la misericordia de Dios” (MV 1). En las parábolas de la misericordia, san Lucas expresa implícitamente que “Jesús revela la naturaleza de Dios como la de un Padre que jamás se da por vencido hasta tanto no haya disuelto el pecado y superado el rechazo con la compasión y la misericordia” (MV 9). Por ello la misericordia de Dios no es algo abstracto, lejano, sino que es una realidad concreta, existencial donde Él nos revela su amor. Y en esta Cuaresma el Señor sigue pasando por nuestra vida para sanarnos, para perdonarnos, para compadecerse de nuestra miseria. No rehuyamos a la misericordia de Dios, no tengamos miedo a la ternura infinita de Aquel que nos amó primero (Cf 1Jn 4,19) y hasta el extremo (Cf Jn 13,1; Gal 2,20).

Como mediadora de la misericordia está la Iglesia, Esposa de Cristo, que “prefiere usar la medicina de la misericordia y no empuñar las armas de la severidad” (MV 4), Ella ha sido constituida misionera de la misericordia para todos los hombres, sin importar la gravedad y cantidad de nuestros pecados. En este Año de la Misericordia no desaprovechemos la oportunidad de sentir más cercano a nuestra vida el amor de Dios; en todas las parroquias de nuestra Arquidiócesis se celebra el Sacramento de la Reconciliación, vayamos y reconciliémonos con Dios, que nadie se quede sin escuchar una palabra de misericordia, porque “Dios quiere alcanzar al pecador incluso en su lejanía más extrema, justamente allí donde se perdió y se alejó de Él. Y esto lo hace con la esperanza de poder así, finalmente, enternecer el corazón endurecido” (*Mensaje del Papa Francisco - Cuaresma 2016*). Dejemos que Dios vuelva a conquistar nuestro corazón, dejemos que nos perdone y nos salve.

Los cristianos estamos llamados a ser “misericordiosos, como el Padre es misericordioso” (Lc 6,36).

Así como el Padre es bueno y misericordioso con todos, estamos llamados a amarnos los unos a los otros. No podemos afirmar que hemos experimentado el amor de Dios sino amamos, incluso a nuestros enemigos. Durante esta Cuaresma practiquemos la misericordia para con los pequeños, los pobres, los pecadores, los marginados, los despreciados, y todos aquellos que Dios tiene como preferidos suyos. La indiferencia hacia el prójimo y hacia Dios es una tentación real también para nosotros, no permitamos ser envueltos en la cultura de la indiferencia, no pasemos de largo cuando veamos que alguien necesita de la misericordia, detengámonos frente a él y brindémosle nuestra ayuda, como el buen samaritano (Cf Lc 10,25-37). Y para tomar esta actitud samaritana necesitamos oír en cada Cuaresma el grito de los profetas que levantan su voz y nos despiertan, nos mueven a obrar con justicia y misericordia. Dios no es indiferente al mundo, sino que lo ama hasta el punto de dar a su Hijo por la salvación de cada hombre, si así se porta Dios con nosotros, también nosotros tenemos que irradiar misericordia.

Hermanos y hermanas, en este tiempo de la Cuaresma practiquemos asiduamente y con amor las obras de misericordia corporales y espirituales, porque de ambas están necesitados nuestros hermanos: la familia, los vecinos, en el trabajo, los enfermos, los niños y los jóvenes. Las obras de misericordia “nos recuerdan que nuestra fe se traduce en gestos concretos y cotidianos, destinados a ayudar a nuestro prójimo en el cuerpo y en el espíritu, y sobre los que seremos juzgados: nutrirlo, visitarlo, consolarlo y

educarlo” (*Mensaje del Papa Francisco -Cuaresma 2016*). En los enfermos y necesitados está viva la carne de Cristo que espera ser curada por los cristianos, por eso dice san Pablo: “la caridad de Cristo nos urge” (2Cor 5,14). La práctica de las obras de misericordia “será un modo para despertar nuestra conciencia, muchas veces insensible ante el drama de la pobreza, y para entrar todavía más en el corazón del Evangelio, donde los pobres son los privilegiados de la misericordia divina” (MV 15). Solo practicando el amor seremos dichosos (Cf Mt 5,7). Que en nuestra Arquidiócesis nadie se quede indiferente: las parroquias, los grupos, los movimientos, las Hermandades, las Asociaciones de Pasión, Cofradías; que todos, absolutamente todos seamos misioneros de la misericordia, traducida en obras concretas de amor a nuestro prójimo. Recordemos que solo el amor puede cambiar nuestra sociedad, solo el amor puede cambiar el corazón de los corruptos, de los mentirosos, los delincuentes, los asesinos, de los que actúan como hijos de las tinieblas (Cf Lc 16,8). No tengamos miedo a amar como Cristo nos ha amado.

Vivir con verdadero sentido cristiano la religiosidad popular.

Este es un precioso tesoro de la Iglesia, especialmente en Guatemala, por tanto hay que promoverla y protegerla, lo cual no quiere decir que no haya que orientarla. Es un modo de expresar la fe, pero debemos ser conscientes que hay que participar en cada actividad con profunda devoción y respeto, y ante todo con fe. Aunque “la piedad popular es un imprescindible punto de partida para conseguir que la fe del pueblo madure y se haga más fecunda” (DA 262). Que las Hermandades, Asociaciones de Pasión, Cofradías y todos aquellos que están involucrados en promover y expresar la fe por medio de las procesiones y velaciones, lo hagan en plena comunión con los párrocos y como un medio eficaz de evangelización, no para lucirse o competir, y menos aún para “lucrar”, sino en primer lugar para evangelizar, para comunicar el Evangelio a través de la religiosidad que con tanto esplendor se expresa en nuestro país. Este sí es un tiempo propicio para las procesiones de pasión y para las velaciones, es el tiempo litúrgico para conmemorar la pasión de nuestro Señor Jesucristo, en donde todos los cristianos volvemos nuestra mirada al misterio de la cruz de Cristo que nos ha redimido.

A todos los fieles de esta Arquidiócesis de Santiago de Guatemala, les invito a participar activamente, con profunda devoción y respeto en las diversas actividades de pasión. Las Procesiones, las Velaciones y los Vía Crucis no son actividades paganas, son actividades profundamente religiosas, y por tanto hay que vivirlas desde la perspectiva de la fe. Nosotros no debemos acercarnos a ellas como simples obras de arte, o por la belleza de los adornos, sino por el significado espiritual que tiene; a través de la

religiosidad popular nos acercamos al misterio de la redención que nos salva y redime. Contemplando a Cristo sufriente en las imágenes, debemos hacerlo vivo y presente en el pobre y en el que sufre, porque Él “se hace de nuevo visible como cuerpo martirizado, llagado, flagelado, desnutrido, en fuga... para que nosotros lo reconozcamos, lo toquemos y lo asistamos con cuidado” (MV 15). Cuando redescubramos esta dimensión real y concreta de nuestras tradiciones, entonces habremos encontrado a Cristo vivo, y es allí donde cobra un sentido verdadero la religiosidad popular; porque es contrario al Evangelio que nos preocupemos tanto de las expresiones de fe y nos olvidemos del Cristo sufriente que camina todos los días por las calles de nuestra ciudad, de nuestros pueblos y comunidades.

Hermanos y hermanas, no perdamos la oportunidad en este tiempo de Cuaresma, que es favorable para la conversión, no dejemos pasar esta oportunidad que Dios nos ofrece de perdonarnos, y también la oportunidad que tenemos de perdonarnos entre nosotros. En este año de la Misericordia pedimos la intercesión materna de la Virgen María, “que fue la primera que, frente a la grandeza de la misericordia divina que recibió gratuitamente, confesó su propia pequeñez (Cf. Lc 1,48), reconociéndose como la humilde esclava del Señor (Cf. Lc 1,38)” (*Mensaje del Papa Francisco-Cuaresma 2016*). Caminemos con alegría el camino de la Cuaresma para vivir en plenitud la Pascua del Señor.

✝ Oscar Julio Vian Morales, sdb
Arzobispo Metropolitano de Santiago de Guatemala

Guatemala de la Asunción, 8 de febrero de 2016